

L'ONOREVOLE PASOLINI

MARTI ROM

«Dado que soy un escritor y escribo en plan de polémica, o, por lo menos, de discusión con otros escritores, permitaseme dar una definición de carácter poético-literario del fenómeno que se produjo en Italia hace unos diez años. A principios de los años sesenta, a causa de la contaminación del aire y, sobre todo en el campo, a causa de la contaminación del agua empezaron a desaparecer las luciérnagas. El fenómeno ha sido fulmineo y fulgurante. Tras pocos años, no había más luciérnagas. Ahora son un recuerdo, bastante desgarrador, del pasado.»

A ese algo que ocurrió hace unos diez años lo llamaré, en consecuencia, desaparición de las luciérnagas.

El régimen democristiano ha tenido dos fases absolutamente diversas que no sólo no pueden compararse entre sí, atribuyéndoles cierta continuidad, sino que se han vuelto históricamente incommensurables, sin más. La primera fase de dicho régimen (como, con toda justicia, insistentemente lo llamaron los radicales) es la que va desde el final de la guerra hasta la desaparición de las luciérnagas; la segunda fase abarca desde la desaparición de las luciérnagas hasta la actualidad... En la fase de transición —vale decir durante la desaparición de las luciérnagas—, los democristianos que estaban en el poder cambiaron, casi bruscamente, su manera de expresarse, adoptando un lenguaje completamente nuevo (por otra parte, tan incomprensible como el latín). Especialmente Aldo Moro, es decir (por una enigmática correlación), aquel que aparece como el menos implicado de todos ellos en las cosas horribles que se organizaron entre 1969 y hoy, en el intento, hasta ahora formalmente logrado, de conservar el poder a toda costa...»

(«Il vuoto del potere in Italia», el vacío del poder en Italia, artículo de Pasolini publicado en «Corriere della Sera», 1-2-1975, incluido posteriormente en su libro «Scritti corsari» y reproducido por Leonardo Sciascia en el libro «El caso Moro», de Argos Vergara.)

«Observemos el filme de 16 mm. que un espectador, entre la multitud, rodó sobre la muerte de Kennedy. Se trata de un plano-secuencia, y es el más característico plano-secuencia. El espectador-operador, en efecto, no eligió ángulos visuales: filmó simplemente desde donde se encontraba, encuadrando lo que su ojo —mejor, su objetivo— veía.»

El plano-secuencia característico es, por tanto, una toma subjetiva.

En un posible filme sobre la muerte de Kennedy faltan todos los demás ángulos visuales: desde el del mismo Kennedy al de Jacqueline, desde el del asesino que disparaba al de los cómplices, desde el de los restantes presentes más afortunadamente situados al de los policías de la escolta, etcétera.

Suponiendo que tuviésemos filmes rodados desde todos estos ángulos visuales, ¿de qué dispondríamos? De una serie de planos-secuencia que reproducirían las cosas y las acciones reales de aquel momento, contemporáneamente vistas desde diferentes ángulos visuales, es decir, a través de una serie de tomas subjetivas. Por lo tanto, la toma subjetiva es el máximo límite realista de toda técnica audiovisual...»

(«Discurso sobre el plano-secuencia o el cine como semiología de la realidad». Pasolini, ponencia de Pesaro 67, publicada en el libro «Problemas del nuevo cine». Alianza Editorial, número 295.)

«Esa obra (la de Pierre Menard), tal vez la más significativa de nuestro tiempo, consta de los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del “Don Quijote” y de un fragmento del capítulo veintidós... No quería componer otro “Quijote” —lo cual es fácil—, sino el Quijote. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes... no define la historia como una indagación de la realidad, sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió...» (De «Pierre Menard, autor del Quijote».)

«He declarado que se trata de una novela policial... al cabo de siete años me es imposible recuperar los pormenores de la acción; he aquí su plan, tal como ahora lo empobrece (tal como ahora lo purifica) mi olvido. Hay un indescifrable asesinato en las páginas iniciales, una lenta discusión en las intermedias, una solución en las últimas. Ya aclarado el enigma, hay un párrafo largo y retrospectivo que contiene esta frase: TODOS CREYERON QUE EL ENCUENTRO DE LOS DOS JUGADORES DE AJEDREZ HABIA SIDO CASUAL. Esa frase deja entender que la solución es errónea. El lector, inquieto, revisa los capítulos pertinentes y descubre otra solución, que es la verdadera...» (De «Examen de la obra de Herbert Quain».)

(Ambas narraciones corresponden al libro «Ficciones», de Jorge Luis Borges. Alianza Editorial, núm. 320.)



«... el nuestro es, más que un relato, lo que en ciencias se llama un informe. Consiste esencialmente en una serie de datos. Por lo tanto, su aspecto es el del código más que el del mensaje. Por otro lado, no es realista: al contrario, es emblemático, enigmático..., de modo que todo dato preliminar sobre la identidad de los personajes tiene un valor puramente indicativo: sirve a la concreción, no a la sustancia de las cosas...» (1).

Mientras él yace tendido en el suelo, algo así como un par de metros detrás suyo, un hombre, que ocupa la parte central del encuadre, permanece ahí inmortalizado estáticamente andando hacia la izquierda; seguramente con un pantalón de pana, una chaqueta de cuero negro y un pitillo entre los dientes, caído, a modo del policía-libro-serie-negra... Ciertamente, lo debe ser; es joven, de unos treinta años.

FOTOGRAFIA = Procedimiento que permite obtener imágenes permanentes de objetos, personas o reproducir documentos mediante un dispositivo óptico que produce una imagen real sobre una capa fotosensible, la cual se trata a continuación (2).

(1) Inicio del cuarto capítulo, «Otros datos (III)», del libro «Teorema», de Pasolini (Editorial Sudamericana).

(2) Definición del «Diccionario de los medios de comunicación», de Pagano y Fages (Fernando Torres Editor).

«Profunda impresión ha causado en los medios culturales, artísticos y políticos de Italia la noticia de la muerte de Pier Paolo Pasolini, el conocido escritor y cineasta, de cincuenta y tres años, brutalmente asesinado en la madrugada del domingo en una zona deshabitada de la periferia de Ostia, pequeña localidad del litoral Tirreno, situada a unos 30 kilómetros de Roma.» Así decía la noticia de prensa (3), era la madrugada del 2 de noviembre de 1975. Seis años antes, Sergio Citti, asiduo colaborador suyo, había realizado, con guión del propio Pasolini y con algunos de sus intérpretes habituales (su hermano Franco Citti y Ninetto Davoli), el filme «Ostia». En él encontramos ese mundo del lumpenproletariado romano que él vivió intensamente desde 1950 y que referenció en sus novelas y principalmente en sus dos primeros filmes: «Accattone» (1961) y «Mamma Roma» (1962). «Ostia» es un Pasolini sin Pasolini, es el Pasolini que vemos cual Alicia en el país de las maravillas al atravesar el espejo, o mejor dicho, no tiene nada que ver con sus filmes; es todo aquello que hay detrás, esa realidad suburbial de **pobretones** («accattone») representada por dos hermanos, Rabbino y Bandiera, cuya madre está internada en un manicomio, lo cual nos puede llevar a enlazar con esa **mamma Roma** que corre como una loca cuando se entera que su hijo, Ettore, está agonizando (al final del filme). En «Ostia» los dos componentes fundamentales son la relación de los dos hermanos y la «representación» de ese espacio, de ese ecosistema degradado ejemplariza-

(3) «Diario de Barcelona» (4-11-1975).

do en la playa, en la periferia de Ostia. Se descubrió su cadáver hacia las seis de la madrugada; Alfredo Principessa, un carpintero romano, se había desplazado a Ostia, como lo venía haciendo cada domingo, con su mujer y su hija, para proseguir la autoconstrucción de una humilde casa; recogía los materiales de construcción que había esparcidos por los alrededores, como esas dos tochnas, o algo así, utilizadas para inmovilizar esa lona que cubre su cuerpo, ese cuerpo ahí en primer plano, delante de ese personaje, ciertamente policía habíamos dicho, que pasa sin (ya) prestarle atención; como esos materiales de desecho y derribo que vemos desordenadamente (lo cual no deja de ser lógico) en esa playa donde Rabbino y Bandiera, los dos hermanos, van por dos veces en el filme. Ellos son también los desechos de la sociedad industrial, pertenecen a esa zona periférica, marginal, fruto del desequilibrio económico y social producido por la rápida transformación de las fuentes de producción; a la Italia de la década de los 60 le separa un abismo de la de 1948, en la inmediata posguerra mundial, cuando la Democracia Cristiana (DC) inicia su monopolización del poder. Un abismo superado por obra y gracia de ese nuevo espíritu santo (Plan Marshall) enviado por los USA, que servirá a los cachorros del capitalismo católico (DC) para abortar cualquier escaramiento a la izquierda; de ser un país prácticamente campesino pasará a configurarse dualmente como rural y fuertemente industrial a la vez. Italia definitivamente se romperá en dos: el Norte industrial y el Sur campesino, el prole-

tariado urbano atrapado por la espiral consumista y la tentación pequeño-burguesa y el lumpenproletariado suburbial lanzado a la marginación del orden social y moral, que aumenta progresivamente con el proceso de industrialización.

«Tras pocos años, no había más luciérnagas»

¿Quién era ese Giuseppe Pelosi? ¿Por qué deambulaba con el propio coche de Pasolini por los alrededores de Ostia, en lugar de huir? Según sus propios familiares, Pelosi era un desarraigado, o bien, un vago o un delincuente vividor, según sus compañeros o conocidos... «La di-



námica dell'aggressione rivela la minuziosa preparazione ...Attentato alla Democrazia... Rapito Aldo Moro», eran tan sólo algunos de los titulares que se suceden en esa Italia casi definitivamente desestabilizada por el secuestro del presidente de la Democracia Cristiana en aquel 16 de marzo de 1978. Cuando el carpintero Principessa lo encuentra, tan sólo es un cuerpo lo suficientemente desfigurado como para convertirlo en irreconocible; tan sólo una cazadora con el nombre «Pasolini» servirá como punto de partida para el esclarecimiento de los hechos; el caso se resolverá al encontrar a Pelosi con el «Alfa Romeo» del cineasta.

Justo en el lado izquierdo del encuadre, un personaje de alrededor de un me-

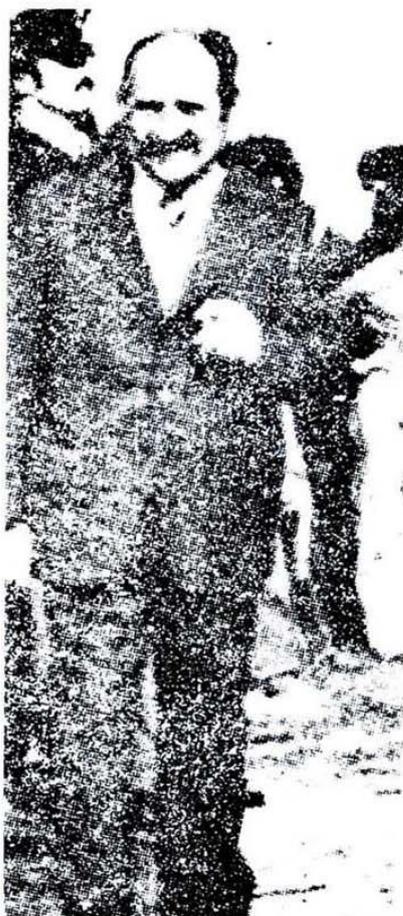
tro sesenta de estatura, medio calvo y con bigote, de unos cincuenta años, trajeado y en cuya mano derecha sostiene un cigarrillo, quizá pueda corresponder al inspector jefe que le ha correspondido el caso; es el único que mira sin disimulo al objetivo... Debe pensar que éste puede ser el caso que le proporcione popularidad y quizá un ascenso... Alguien le ha contado que ese Pasolini era comunista, homosexual y follonero. ¡Vaya, seguro que salgo en las primeras páginas de los periódicos! En su pueblo (en Sicilia o Cerdeña) de ahora en adelante le tendrán por un tío importante.

Aunque sólo sea para vencer su curiosidad, ese inspector bajito al llegar al departamento pedirá que le pasen la información policial relacionada con el asesinato. ¡Casi treinta procesos o denuncias! Caramba con el tío, y además en todos le absolvieron, excepto en uno, que fue condenado a cuatro meses de prisión, en 1964.

Para Rabbino y Bandiera, los dos hermanos, la estancia en la prisión les procurará el reencuentro con la religión; ésta se presenta fundamentalmente como rito: confesión-comunión, en el que esta última parte adquiere el papel fundamental. La capilla se yergue en el patio central, justo en el centro, a modo de representación de una autoridad falocrática; cuando los presos van a recibir la comunión, lo hacen ordenadamente, sumisos, recuerda las imágenes del manicomio del inicio del filme. La prisión será el tercero de los tres estadios pasolinianos —«recientemente me he puesto en contacto epistolar con los presos. He recibido y sigo recibiendo un abundante correo de los encarcelados. Algunos presos me envían todavía sus poemas...»—, sus dos estadios anteriores son, respectivamente: el mundo suburbial y de «malavita» romano y el campesinado de ese contexto diferencial que es el Friuli.

Había nacido en 1922, en Bolonia; sin embargo, debido a la profesión de su padre, recorre diversos lugares del Norte; finalmente se establecerán en Casarsa, el pueblo de su madre, en el Friuli... ¡Caramba con el tío! Su primer follón lo tuvo en 1949, en Casarsa. Sí, hombre, sí, un pueblo de la región de Venecia, cuenta el inspector bajito y medio calvo a un colega suyo (que seguramente le envidiará la posible popularidad del caso). Se le acusó de realizar actos obscenos con dos muchachos del pueblo, pero el tío tuvo suerte y en 1953 lo absolvieron. Fue durante las fiestas de Casarsa. Desde aquel momento su homosexualidad será un hecho público; repudiado por su padre y expulsado del Partido Comunista Italiano, abandona su pueblo, huyendo con su madre a Roma. Durante su estancia en Casarsa vivirá los horrores de la guerra: su hermano, tres años más joven, morirá en la lucha partisana; al terminar la guerra, en 1945, su padre, militar de carrera, regresará a casa haciendo de la derrota del fascismo su propia derrota, será desde entonces un «tirano ya sin poder». A Aldo Moro durante su secuestro, alejado del poder, de los centros neurálgicos de decisión, ya muerto políticamente, sólo le quedará el arma de escribir cartas a los hasta hace poco sus compañeros de la DC, denunciando (autodenunciándose) la política de corrupción de esos treinta años —1947-78— que conduce a las acciones desestabilizadoras de los últimos

años. Secretario de la sección del Partido en Casarsa, atacaba duramente la hipocresía de curas y de la DC con carteles murales en el dialecto friuliano; el proceso a la DC que pretendía realizar Pasolini lo hará el propio Moro en su secuestro; Moro es ya un marginal. Pasolini y Moro serán también los dos casos de mayor incidencia popular, la parte visible del iceberg, de un manibrismo político de motivos inconfesables, o por lo menos parcialmente ocultos a la opinión pública. «En Italia no existe la verdad desde la muerte del bandido Giuliano, hace más de veinte años; hasta hoy, ninguno de los actos trágicos, escandalosos o criminales que tienen relación con la política se han esclarecido» (Leonardo Sciascia) (4).

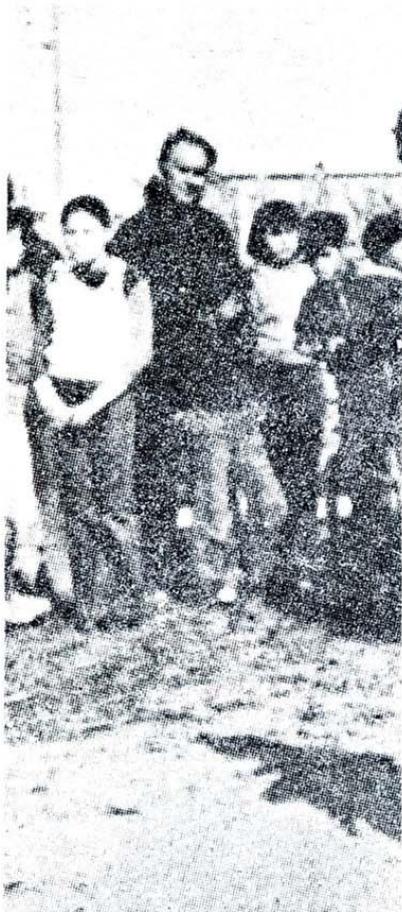


¿Qué intereses había detrás de Giuseppe Pelosi y de «Brigate rosse»?

Detrás del inspector bajito, calabrés, seguro que es calabrés, aparece la cabeza, de perfil, disciplinadamente altiva, cubierta con la gorra, de un «carabiniere»... Parece como si alguien le hubiera ordenado firmes, dice uno de los niños de al lado; es uno de los defensores del orden (¿de qué orden?, ¿impuesto por quién?), él sólo se preocupa de cumplir. ¡Que no me vengan con rollos políticos! «Cuando ayer en Valle Giulia habéis hecho disparos / con los policías, / yo sim-

(4) En «Triunfo», núm. 831. Sciascia es uno de los más importantes novelistas italianos contemporáneos. «Il conteso» dio lugar a «Cadaveri eccellenti», de Francesco Rosi; «Todo modo» la ha llevado al cine Elio Petri.

patizaba con los policías. / Porque los policías son hijos de pobres. / Vienen de sublugares, sean campesinos o urbanos... Y después, miradles cómo visten allí: como payasos, / con aquella tela ruda, que hiede a rancho, / oficina y pueblo... Tienen veinte años, vuestra edad, queridos y queridas. / Estamos obviamente de acuerdo contra la institución de la policía... En Valle Giulia, ayer, hubo así un fragmento / de lucha de clases: y vosotros, queridos (aunque de parte / de la razón), érais los ricos, / mientras los policías (que estaban de parte / del error) eran los pobres. ¡Bella victoria, pues, / la vuestra!...» Pasolini siempre fue el intelectual polémico, su propia militancia comunista, aunque marginalmente al seno del Partido será la mayor de



ías veces la causa primaria. Casarsa, el Friuli, serán el escenario de su radicalización política en la inmediata posguerra, allí se desarrollará su labor de propaganda política entre el campesinado de la zona; en 1948 irá con la representación del Partido a Hungría y París para participar en el Congreso Mundial de los luchadores por la paz. El escándalo producido en torno al conocimiento público de su homosexualidad, fomentado por la **DC** local, determinará su expulsión del PC «por desviacionismo intelectual, alimentado por lecturas de escritores burgueses y decadentes», dirá la edición local de «L'Unità». Era el 26 de octubre de 1949... y huirá del Friuli, dirigiéndose a la Roma suburbial, a la de los «ragazzi di vita».

El Friuli, junto al valle de Aosta, el Trentino-Adigio, Sicilia y Cerdeña es una región con «estatuto especial» dentro del actual Estado italiano. Ha sido la enrucijada de diferentes culturas: la latina, la eslava y la germánica, fruto de su dependencia a lo largo de la historia de la República de Venecia, el Imperio austro-húngaro y el III Reich. Posee un dialecto propio, utilizado por casi un millón de personas.

«No estoy maravillado por la diabólica perfidia demócrata-cristiana; lo que me maravilla es vuestra falta de humanidad; comprendo perfectamente que hablar de desviación ideológica es una cretinería. A pesar vuestro, sigo siendo, y lo seré siempre, comunista en el sentido más auténtico de la palabra... He traicionado mi clase y lo que llamamos mi educación burguesa; ahora esas traiciones se han vengado del modo más despiadado y espantoso.» Esto sucedía en plena guerra fría, dos años más tarde de la expulsión del PC del poder político por la DC de De Gasperi (1947); por un lado, la estructura del Partido piensa que su homosexualidad pueda ser un grave inconveniente para su imagen, en esos tiempos de inmunización izquierdista de la Europa occidental, y sus compañeros de Casarsa, que quizá así saldrá más favorecido del proceso judicial.

Ese 26 de octubre de 1949 marcará su vida.

«... ¡Bella victoria, pues, / la vuestra!...», su estimación hacia los marginados, hacia el lumpenproletariado le llevará a defender a los policías contra la **contestación** estudiantil del 68, y con ocasión de la muerte de un policía en Valle Giulia les dedicará una poesía. Pasolini ataca duramente ese trasfondo pequeño-burgués de la **contestación** estudiantil, que no revolución... «Ahora los periodistas de todo el mundo (comprendidos / los de la televisión) / os lamen (como ahora se dice en el lenguaje / estudiantil) el culo. Yo no, queridos...» Una columna suya en el periódico milanés «Corriere della Sera» abrirá una nueva polémica nacional, ahora ataca furibundamente a esos melencidos, **capellone**; primero **contestación** espontánea y luego absorbidos por el movimiento estudiantil del 68, reciclados por la burguesía, «la condena radical e indiscriminada que ellos han pronunciado contra sus padres, que son la historia en evolución y la cultura precedente, alzando contra ellos una barrera infranqueable, ha terminado con aislarlos a ellos mismos, impidiéndoles una relación dialéctica con sus padres... Dado el aislamiento en que se han cerrado, como en un mundo aparte, como un **ghetto** reservado a la juventud, se han mantenido quietos, parados en su infranqueable realidad histórica...».

Deben ser las nueve o las diez de la mañana, el sol se está levantando y alarga las sombras de los personajes; sin embargo, hay un personaje cuyo cuerpo no provoca sombra. ¿Y ese grupo de chicos? Deben tener unos diez años, alguno va con chandal, son demasiado jóvenes para entender, para entender el trasfondo político de este asesinato, para que se den cuenta que quizá dentro de unos pocos años se conviertan en otros «ragazzi di vita» como el Pelosi, ese que ha sido detenido conduciendo el «Fiat» del muerto. ¡Que no!

que han dicho que era un «Alfa Romeo». O si no, puede que se conviertan en chulos o en delincuentes habituales, o metidos en grupúsculos ultraizquierdistas y propugnando la lucha armada, puede ser. Y ese hombre mayor de ahí enmedio de ellos podría ser el carpintero Principessa, había llegado de madrugada con su pequeño utilitario, como cada domingo... Bandiera yace muerto en el suelo, mientras Rabbino permanece sentado a su lado en la degradada playa de Ostia; van llegando con los primeros resplandores del sol familias enteras cargadas de enseres y montadas en pequeños utilitarios, y ocuparán por completo la playa. El filme con unas pocas imágenes contextualiza magníficamente esta playa embrutecida donde las clases populares



romanas van a disfrutar de un soleado domingo de verano. «En Roma viví primero en Piazza Costagutti, cerca del Pórtico di Ottavia (¡el "ghetto"!); luego fui al "ghetto" del suburbio, cerca de la prisión de Rebibbia, en una casa que quedó definitivamente sin techo. Durante dos años fui un desocupado desesperado, de los que acaban suicidas...» En sus primeros años en Roma escribirá las que serán sus dos novelas más importantes: «Ragazzi di vita» y «Una vita violenta», publicadas, respectivamente, en 1955 y 1959; es el mundo de la Roma suburbial, de la mala vida, de muchachos-barrio-de-la-Mina, de las putanas, de manipulados neofascistas, de «mammás» romas, de ladrones, de pícaros, de perros callejeros, de «accattones», de chu-

los, de brigadistas rojos, de... la Roma excremento demócrata-cristiana.

«... es una grabación magnetofónica y una confesión de un miembro, NO DAREMOS EL NOMBRE DE AQUEL CHICO, NO SUMINISTRAREMOS NI SIQUIERA LOS DATOS SOMATICOS, ESPERANDO QUE ELLO SIRVA PARA NO HACERLO RECONOCER, en aquel 16 de marzo se encontraba en Via Fani... Yo y otros estamos dispuestos a decir la verdad, pero no podemos confiar en nadie, haced una encuesta.» ES UNA ENTREVISTA ROTA, ARRANCADA TROZO A TROZO, DIA A DIA, A TRAVES DE SUPPLICAS, CONVERSACIONES, PROMESAS, A UN POBRECILLO ALTERADO POR EL TERROR DE SER CASTIGADO POR UN **PISTOLETAZO EN LA BOCA**. En síntesis, el origen de las revelaciones del semanario italiano es el siguiente: PASOLINI NO FUE ASESINADO POR PELOSI Y BASTA: FUE ASESINADO POR UN GRUPO DE MALHECHORES QUE LE SIGUIERON Y LE PREPARARON UNA EMBOSCADA. Un mes después de la muerte, un periodista de Radio Montecarlo contactó al senador Vittorio Cervone, amigo de Moro..., y desde aquel momento cae el silencio sobre la iniciativa, el periodista no escribe, los ministros callan. Gian Luigi Melega, único periodista italiano que



investiga el caso, autor del artículo de «L'Espresso», añade que existen otras ramificaciones no comprendidas en el reportaje. ERA UN DOMINGO LLENO DE SOL, Y CON UN HERMOSO PUENTE. ¿POR QUE BUSCAR COMPLICACIONES? BUSCARSE LA SOSPECHA QUE PELOSI HUBIERA QUERIDO FIRMAR EL DELITO, DEJANDO EL ANILLO, HABRIA SUPUESTO UNA CANTIDAD DE PREGUNTAS DIFICILES. POR EJEMPLO: ¿POR QUE MOTIVO EL CHICO QUERIA ACUSARSE, ASUMIR PARA SI TODA LA RESPONSABILIDAD? ¿PODIA EXISTIR UN MOTIVO? No hubo infiltraciones extranjeras, sino que se trató de una operación totalmente italiana, fue una operación dirigida por dos parlamentarios y una persona vinculada con el Vaticano; en la emboscada de Via Fani (lugar del secuestro) hubo carabinieri que participaron en el comando y fueron ellos los que eliminaron la escolta del presidente de la Democracia Cristiana, por temor a ser reconocidos por sus colegas...

«Denuncian un complot en el asesinato de Aldo Moro»; éste es el titular de un periódico (5) publicado recientemente en el que empiezan a aflorar esas redes ocultas que estaban detrás de todos esos episodios trágicos, más o menos

(5) «El Periódico», 7 febrero 1979 (pág. 6).

políticos, que, como dice (y elabora en sus novelas) Sciascia, nunca se habían esclarecido. Está claro que el complot desestabilizador del secuestro y asesinato de Aldo Moro no puede tener el mismo significado que el ajuste de cuentas a Pasolini, llevado a cabo por las fuerzas paralelas del ORDEN y denunciado por Oriana Falacci (6); sin embargo, la corrupción de ese gobierno demócrata-cristiano y esos resortes del poder que analizan, deciden y actúan solapadamente creando **situaciones favorables** a la perpetuación de la actual correlación de fuerzas sociales y políticas, convierten al Pasolini-comunista-homosexual-y-pornógrafo en una **vida paralela** de ese Moro destrozado, roto, que se siente traicionado por sus propios compañeros de clase (dominante), de ese Moro convertido en un excremento, un marginal del poder político... «tengo un inmenso placer en haberos perdido y deseo que todos os pierdan con la misma alegría».

«Dios existe, luego todo nos está permitido», comenta Don Gaetano, símbolo de la Iglesia ávida de poder, personaje central de «**Todo modo**» (7).

El encuadre escogido define una compartimentación de espacios cuya **frontera** es esa camioneta de color oscuro, presumiblemente de los carabinieri, y

cuyo **nexo** es el propio cadáver, aglutinante y desencadenador de cuantas acciones se desarrollan a su alrededor. A la izquierda, los niños y los policías, y a la derecha los periodistas-en-el-propio-lugar-del-suceso, aspecto joven, gafas oscuras, jersey deportivo y camisa desabrochada; toman notas, hacen preguntas, revolotean alrededor. Son bastantes más de los que el encuadre nos permite contemplar, sus sombras les delatan. ¿Cuántos reproducirán en sus titulares, millonarios en ejemplares, los tópicos usuales: Pasolini homosexual y barriobajero?

¿Y esa mano en primer plano, a la derecha, a qué signo remite?

«Has muerto en un episodio de suburbio a la antigua», dijo Umberto Eco. Había que matarle física y moralmente; por eso se montó esta cuidada representación, sus antecedentes de mala vida le habían conducido a un final ejemplar: muerto en una pelea entre homosexuales en un decorado de filme neorrealista de los años de la posguerra. «Pasolini va demasiado lejos con sus relaciones», esta frase corresponde al semanario italiano «Gente», se publicó con ocasión de un proceso que tuvo en 1961 por in-

(6) «L'Europeo», núm. 47, págs. 21-25.
(7) Ver (4).

miscuirse en una pelea para ayudar a un amigo; es tan sólo un ejemplo de la enorme presión que, desde los medios de comunicación en la órbita demócrata-cristiana, se ejerció contra Pasolini a lo largo de más de quince años. Sus novelas o filmes sufrían querellas por obscenidad, difamación, ofensa a las buenas costumbres, vilipendio a la religión; los **ofendidos** eran: grupos de Acción Católica, un comandante de carabinieri de Venecia, un magistrado (luego secuestrado por los NAP, Núcleos Armados Proletarios) que le condenará a cuatro meses de prisión, hermanas del Sagrado Corazón, un padre franciscano...; en fin, lo mejor del clerical-autoritarismo italiano, el núcleo de la DC. Era una lucha contra el marxismo, la homosexualidad y la cultura entendiéndolos como un todo, como una única característica... «Es un cantor de la intelectualidad subversiva» («Il Secolo»); los jóvenes misinos, neofascistas, se la tienen jurada, amenazan y realizan pintadas ofensivas en el cine romano que estrena «**Accattone**», cuando «**Mamma Roma**» le agreden e intentan atropellarle con un «600»...; quizás entre los nombres que no se atreve a confesar el informador de Oriana Falacci encontraríamos a los Adriano Romaldi, Paolo Pecoriello o Flavio Campo, autores de las agresiones anteriores.

«El poder es un sistema de educación que nos divide en esclavos y esclavistas. Pero, cuidado, es un mismo sistema educativo el que nos forma a todos, desde las clases dirigentes hasta los pobres. Por eso todos quieren lo mismo y todos se comportan de la misma manera. Si tengo entre las manos un consejo de administración o una operación de bolsa, me sirvo de ello; lo mismo ocurre con un palo. Y cuando me sirvo de un palo ejerzo la misma violencia para obtener lo que quiero», y en un momento de la pelea de los dos hermanos, cuya relación afectiva hemos visto que supera los límites de la **normalidad** impuesta, Rabbino coge un palo (o una tabla) y empieza a golpear a Bandiera hasta matarle, realidad y ficción (cinematográfica = «Ostia») van estrechamente ligadas; Giuseppe Pelosi, diecisiete años, autor de numerosos robos, vividor de la prostitución, después de haberle golpeado con una tabla le atropellará con el «Alf Romeo». En el filme, Rabbino cogerá el cuerpo de su hermano y, llevándose con una pequeña barca, lo arrojará al mar, al Mediterráneo; Rabbino ya no será el mismo; por el suelo quedarán esparcidos: un anillo de oro con unas iniciales en su interior que no corresponden a las de Pelosi, pero que éste reclama obstinadamente como suyo; un llavero y una cazadora manchada de sangre con una etiqueta en la que, con dificultad, podía leerse: «PASOLINI». «Todos creyeron que el encuentro de los dos jugadores de ajedrez había sido casual».

La oscuridad de esa noche del 1 al 2 de noviembre de 1975 pronto se romperá con los primeros, tímidos rayos de sol. Ese cuerpo tendido, «blue-jeans», botas negras y camiseta corta, será cubierto con una lona de color claro que fijarán con cascotes de construcción. Empiezan a agolparse algunas personas a su alrededor, llegan los primeros periodistas, un reportero gráfico aprieta el disparador de su cámara. ■